

CAPITULO II.

Reinados de Tiberio, de Caligula y de Neron. Destrucion de la aristocracia romana (1).

(14-68.)

Augusto habia contemporizado con el pueblo y con los grandes. Todo el mundo estaba ya tan cansado de proscripciones y de guerras que aceptaron su autoridad despótica sin proferir una sola queja. La situacion de sus sucesores era muy diferente. Tiberio lo comprendió así, y conoció que debía temerlo todo de los defensores de la libertad y del partido aristocrático, irritado por la pérdida de sus derechos. Para ahogar en su principio todo movimiento generoso, se esforzó el tirano en envilecer las almas imponiéndoles una vergonzosa servidumbre. Convirtió el senado en una reunion de esclavos, y castigó de muerte á todos los que no se prestaron con bastante docilidad á sus caprichos. Los Caligulas y los Neronés entretuvieron esta asamblea en sus bajas costumbres de adulacion, y corrompieron el pueblo favoreciendo su ociosidad. Los juegos, los espectáculos, los festines y las distribuciones gratuitas de trigo y dinero eran el pérfido cebo que le echaban para engañarle respecto á su suerte y dorar sus cadenas. Estos pretendidos favores hacian que la multitud soportase tranquilamente las locuras y crueldades de sus señores. En lugar de sublevarse contra su bárbaric se les ayudaba á exterminar todos los hombres virtuosos é ilustrados que eran un obstáculo para su tiranía, y se aplaudia la muerte de los que se atrevian á reclamar en favor de la justicia y de la libertad.

§ I. Reinado de Tiberio (14-37).

Disimulo de Tiberio. Principio de su reinado. Tiberio que se abrió el camino al trono por medio del crimen, inauguró

(1) AUTORES QUE PUEDEN CONSULTARSE: Entre los antiguos: Tácito, *Anales*. Desgraciadamente no poseemos mas que una parte del reinado de Tiberio (32-34), el reinado de Caligula, los seis primeros años del de Claudio y el fin del reinado de Neron. Suetonio, *las Vidas de Tiberio, de Caligula, de Claudio y de Neron*; Dion Casio, lo que queda de su *Historia romana*. Entre los modernos: Le Nain de Tillemont, *Histoire des Empereurs*; Crevier, *Hist. de Empereurs romains depuis Auguste jusqu'à Constantin*; M. Champagny, *les Césars*.

su reinado con el asesinato del jóven Agripa. Cuando el asesino de este príncipe vino á anunciar al emperador que sus órdenes habian sido ejecutadas, el tirano le respondió: *Yo no te he mandado cosa alguna, y responderás al senado de tu conducta.* Se le iba á formar causa; pero se creyó que era mejor sepultar este asunto en el olvido y hacer recaer este negro crimen sobre la memoria de Augusto. Con un soberano tan disimulado, cónsules, senadores, caballeros, todo el mundo estudiaba sus palabras y componia su semblante. Nadie se atrevia á manifestarse demasiado alegre por la muerte de Augusto, ni demasiado triste á causa del advenimiento del nuevo emperador.

Tiberio afectó primero no preocuparse mas que de los funerales debidos á Augusto. Anunciaba á las legiones su elevacion al trono y les hablaba con autoridad, mientras que en el senado exclamaba que el genio del divino Augusto era el único capaz de llevar el peso del imperio. Decia que no le era posible aceptar mas que una parte de él; pero le complacia mucho que los senadores le hiciesen presente con el acento de la lisonja que el Estado era un solo cuerpo indivisible y que era imposible dividirle sin destruirlo. Aunque aceptó la suprema autoridad, rogó al senado le ayudase con sus luces y consejos, y no quiso aceptar los títulos pomposos que le ofrecian. No permitia que le diesen los grandes dictados de *Señor*, *Padre de la patria*, ni *Divino*. Su objeto era avasallar al senado, y principió por invitar á los senadores á que se mezclasen en las discusiones con una libertad digna de los mejores tiempos de la república. Era un hombre corrompido y relajado, y hablaba de reformar las costumbres, esforzándose á dar ejemplos de templanza y sobriedad; en fin, muy luego le veremos perseguir indignamente á sus vasallos por la mas leve ofensa, á pesar de que al principio de su reinado prohibió absolutamente al senado que se ocupase de los difamadores. Pero no tardó mucho en dar á conocer su ferocidad. Habiendo retardado el cumplimiento de las mandas dejadas por Augusto, uno de los legatarios se permitió la chanza de decir al oido á un muerto no se olvidase de decir á Augusto

que todavía no se habían ejecutado sus últimas disposiciones. Tiberio le dió lo que le correspondía y le hizo morir diciéndole: *Tú le llevarás noticias más frescas y exactas.*

Germánico apacigua la insurrección de las legiones de Germania. Su alma inquieta y recelosa se conmovió profundamente al saber la insurrección de las legiones de Germania. A la muerte de Augusto los soldados pensaban ya en hacer emperadores. Germánico, idolatrado del pueblo y de su ejército, oyó que los que tantas veces había guiado á la victoria le ofrecían la diadema imperial. Su virtud se alarmó de tal modo al recibir tan audaz proposición, que al momento de hacérsela se lanzó de su tribunal como si hubiera sido una mancha para él, y fue tal su desesperación que si sus amigos no le hubieran contenido se habría atravesado con su propia espada. Sin embargo, su desinterés y grandeza de alma no apaciguaron la insurrección. Los sediciosos continuaron profiriendo amenazas; pero así que vieron que Agripina dejaba la tienda de su esposo para ir á buscar descanso y seguridad entre los Treviro, reconocieron su culpa, solicitaron humildemente perdón, y ellos mismos castigaron á los principales autores de la revolución. Germánico les llevó en seguida contra los Germanos á quienes destruyeron, borrando de esta manera con el lustre de su victoria la vergüenza de la derrota de Varo.

Celoso Tiberio por los triunfos de Germánico le hizo volver á Roma, y por toda recompensa le concedió unos miserables honores que no estaban ya en uso. Cuando el vencedor de los Germanos atravesó la Italia, la multitud se apresuraba en todas partes á salirle al encuentro. Roma entera fué á recibirle, y todas las cohortes pretorianas le siguieron con aclamaciones. Daba gusto el ver á aquel hermoso y valiente príncipe en su carro triunfal con sus cinco niños, y precedido de todos los cautivos que había arrebatado á los pueblos del Norte; contemplábanse con admiración las imágenes y pinturas que representaban las montañas y ríos de Germania y todas las batallas dadas en medio de aquellas regiones salvajes. Tiberio distribuyó trescientos sextercios á cada ciudadano en nom-

bre de Germánico, y le eligió por colega suyo en el consulado. Pero pronto se conoció que no le concedía tales favores sino para perderle con más facilidad.

Germánico en el Oriente (18). Hizo que el senado decidiese que la presencia de Germánico era necesaria en Oriente para arreglar los negocios de los pequeños reinos de Cilicia y Comagena, y para calmar los movimientos sediciosos de los Partos y de los Armenios. Al mismo tiempo nombró gobernador de Siria á Cn. Pison dándole la orden de que contrariase á Germánico en todas sus empresas. Y así cuando este príncipe, después de haber fijado la suerte de las nuevas provincias del Asia Menor y hecho la paz con los Partos, se retiró á Egipto para visitar aquella curiosa comarca, se encontró á su vuelta con que el gobernador de Siria había trastornado todo lo que él había dispuesto acerca del ejército y de las ciudades de la provincia. Hasta había seducido las legiones con sus bajezas y complacencias; su esposa Plancinia hablaba siempre con desprecio de Agripina, y todo el mundo notaba, en este decidida oposición de un simple gobernador contra el primer príncipe del Estado, las secretas maquinaciones del emperador. Inquieto é irritado, Germánico escribió á Pison una carta amenazadora por la cual le mandaba salir de la provincia. El orgulloso gobernador se alejó lentamente esperando á cada momento que el veneno que había hecho dar al príncipe le libertara de su cólera. En efecto, este desgraciado acontecimiento no tardó mucho en realizarse.

Muerte y funerales de Germánico. Desde aquel momento conoció Germánico que sus fuerzas se agotaban. Comprendió la naturaleza de su enfermedad y antes de espirar comunicó su pena á su mujer y á sus amigos confiándoles el cuidado de vengarle. Su muerte fue un duelo universal para la provincia y para todos los pueblos comarcanos. Las naciones extranjeras y los reyes bárbaros lloraron á este grande hombre tan afable para con los aliados como clemente para con sus enemigos. Antes de quemar su cuerpo se le puso de cuerpo presente en el foro de Antioquia que era el lugar destinado para su sepultura. Agripina postrada de tristeza y dolor se

embarcó con las cenizas de su esposo y con sus hijos, y encontró á Roma consternada por la pérdida de tan grande hombre. Para honrar su memoria se decidió, segun dice Tácito, que su nombre se cantaria en los himnos de los Salios, que su silla curul, adornada con una corona de encina, seria colocada en los espectáculos en el sitio reservado á los sacerdotes de Augusto; que al abrirse los juegos del circo se llevaria en procesion su estatua de marfil, que todos los aminios y augures que le sucedieran habian de pertenecer á a familia de Julia. Se le erigieron arcos de triunfo en Roma, orillas del Rin y sobre el monte Amano en Siria, con una inscripcion en la que se enumeraban todas sus hazañas añadiendo que habia muerto por la república. Se le dedicó un monumento en Epidafno, adonde terminó sus dias, y un mausoleo en Antioquia, en el sitio en que fue quemado. Dificil seria el enumerar todas las estatuas que se le erigieron y los lugares en que se le dió culto.

Tiranía de Tiberio. Pison y Plancinia no dejaron por eso de presentarse en Roma insultando el luto universal con la alegría que brillaba en su semblante y con los suntuosos festines que dieron en su casa. Al infame gobernador se le formó causa. Tiberio desarrolló por sí mismo la acusacion, y dos amigos de Germánico la sostuvieron vivamente. El pueblo gritaba á la puerta de la curia que Pison no escaparia de sus manos si se le libraba de la sentencia del senado. Plancinia, ganada por las lisonjas de Livia, separó su causa de la de su marido, y Pison comprendió desde luego que su vida estaba en peligro. Pidió pues que se instruyese de nuevo el proceso, y se retiró por la noche á su gabinete para preparar su defensa. Era de esperar que al dia siguiente se oirian algunas revelaciones muy curiosas, pero por la mañana se encontró á Pison bañado en sangre. Tenia una herida en la garganta y su espada estaba á su lado.

Libre Tiberio de toda inquietud no disimuló ya su tiranía. Abolió los comicios por centurias, quitó al pueblo la eleccion de los magistrados y la sancion de las leyes, y transfirió todos estos derechos al senado á quien sojuzgó decretando

que en lo sucesivo los senadores votarian en alta voz y en presencia del emperador ó de sus representantes. Esta asamblea se hizo con tanta bajeza la esclava de sus deseos, que acostumbraba decir al salir de la curia: *¡Oh hombres! hechos para la servidumbre!* Bajo pretexto de que era el representante del pueblo, aplicó la ley promulgada contra los que ofendian la majestad del pueblo romano. Las primeras victimas de esta ley de lesa majestad fueron algunos caballeros llenos de deudas y de crímenes, publicanos sórdidos y rapaces, gobernadores avaros é infieles. Se consideraba como muy justa la severidad del príncipe, y se honraba su celo por el sosten de las leyes y la pureza de las costumbres. Pero en breve los delatores se multiplicaron hasta lo infinito. El mérito, el nacimiento, la dignidad y la riqueza fueron otros tantos crímenes que se persiguieron con encarnizamiento y furor. Los ambiciosos trataban de abrirse un camino al poder echando abajo á los que eran dueños de él. Tiberio aborrecia á todos los que manifestaban el menor sentimiento por la antigua libertad. Una palabra, un gesto, una accion que descubrian un deseo de exencion, eran á sus ojos atentados dignos de muerte. Él sabia que el partido republicano no estaba muerto, y resolvió destruírle por mano del verdugo.

Favor de Seyano. En esta guerra sorda y encarnizada, Seyano fue el que desempeñó el papel delator con mas brillo y éxito. Era hijo de un simple caballero; pero su actividad infatigable, su decision sin límites, y acaso tambiea su corrupcion desafortada, le elevaron á la dignidad de prefecto de pretorio. Tiberio le dió su confianza, y ningun Romano era mas indigno de ella. Aquel ministro ambicioso y cruel, celgado por las adulaciones del senado y del pueblo, no se contentó con ver su estatua de bronce en el teatro, y con recibir todas las mañanas los saludos de los cónsules y de los grandes personajes que iban á hablarle de los asuntos mas importantes. Ambicionaba el poder supremo, y resolvió destruir todos los miembros de la familia de Tiberio, que podian ser obstáculo á sus ambiciosos proyectos. Dió muerte á Druso,

y tuvo la osadía de pedir la mano de Livilla, su indigna esposa. Tiberio le hizo ver que sus pretensiones eran al menos prematuras, y le humilló con una repulsa. Este golpe no destruyó la ambición del ministro. Quiso mandar en Roma, y para conseguirlo, apartó á Tiberio del centro de los negocios, persuadiéndole que la soledad y el reposo serian ventajosos á su salud. El voluptuoso anciano escuchó con tanta facilidad las insinuaciones de su cortesano, que se alegraba mucho de librarse de pueblo que le cansaba con sus burlas, y alejarse de Livia, su madre, que le importunaba con sus intrigas.

Tiberio en Caprea (27). Salió pues de Roma, y fué á ocultarse en la isla de Caprea, á tres millas del cabo de Sorrento en la cual se gozaba de una soledad deliciosa y profunda. Los grandes navíos no podian abordar á ella, y las doce villas de Tiberio ocupaban todo su territorio. Allí el cínico viejo se entregaba á todas sus pasiones inmundas. Se hacia dar cuenta por Seyano de lo que ocurría en Roma, y escribia al senado las víctimas que era preciso inmolar á su odio y sospechas. Cuando le anunciaron la muerte de Livia, se negó á asistir á su funeral, excusándose con sus numerosas ocupaciones. Prohibió su apoteosis, y persiguió á todos los que le habian manifestado afecto ó gozado de sus favores. Esta princesa, á pesar de su perversidad y corrupcion, contrariaba la ejecucion de los odiosos proyectos de Seyano, quien mientras ella vivió, no se habia atrevido á acusar á Agripina ni á sus hijos. Despues de su muerte, Tiberio los declaró enemigos públicos. Hizo relegar á Neron á la isla de Pontia donde murió, encerró á Druso en una de las habitaciones bajas del palacio y desterró á su madre Agripina á Pandataria.

La fortuna de Seyano iba siempre en aumento. Tiberio le habia elegido por su colega en el consulado (31), y se decretó que serian cónsules juntos durante cinco años, y que se les harian los mismos honores cuando volviesen á Roma. Lleno de orgullo pensó llegar al rango supremo, y ya se consideraba como tutor del príncipe y gefe real del Estado. Pero

Tiberio se apercebió de sus pretensiones y decidió su pérdida.

Desgracia y muerte de Seyano (31). Le alejó de su presencia bajo un pretexto honroso, formó contra él un partido poderoso en Roma, y envió al senado á Macron, tribuno de los pretorianos, con una carta en la que se quejaba de Seyano y mandaba arrestarle. Esto era un gran golpe de Estado, pero fue fácil darlo. Todos, los grandes y el pueblo, estaban de tal modo irritados con la odiosa conducta del favorito, que nadie le defendió. Al dia siguiente de su arresto, el senado, persuadido de que el pueblo no se sublevaria, pronunció su sentencia de muerte y le hizo ejecutar al momento. En efecto el pueblo arrastró á las gemonias á aquel á quien antes adoraba, y en medio de su furor impuso la misma pena á sus tres hijos.

Últimos años de Tiberio (32-37). Hubo una alegría general con motivo de la muerte de Seyano, porque se esperaba un gobierno mas humano. Pero el viejo de Caprea llegó á ser todavía mas feroz. La conducta de Seyano le habia hecho mas desconfiado y receloso, y en lugar de mostrarse menos cruel, animaba mas y mas á los delatores. Ya no se ponía cuidado en examinar particularmente la causa de cada uno, se condenaba colectivamente. Así es que hicieron degollar indistintamente á todos los que estaban en las cárceles. Agripina y Druso murieron en terribles suplicios. Tiberio, en medio de sus desórdenes, sediento de sangre, asistía á los suplicios de sus víctimas. En tiempo de Suetonio se veia aun en Caprea el sitio en que aquel verdugo, despues de largos y escogidos tormentos, hacia precipitar al mar á los condenados en presencia suya.

Si hay una cosa que consuele la virtud, es que aquel monstruo no cesó de estar atormentado por los remordimientos que le causaban todas sus maldades. Disgustado de todo no se ocupaba ni de su grandeza personal, ni de la fortuna del imperio. Le devoraba un tedio mortal. Como conocia que sus fuerzas se iban debilitando cada dia mas, consultaba á los adivinos y aures acerca de su destino; pero sus predic-

ciones, dictadas por la adulacion, no podian poner un término á los temores que le abrumaban. Habiendo salido de Caprea, vino cerca de Roma, despues anduvo errante en la Campania, buscando por todos lados una dicha que no encontraba en parte alguna. En fin, cuando estuvo para morir, designó por sucesor suyo á Cayo Caligula. Este mónstruo se apoderó de su anillo al tiempo de morir, y apresuró su muerte para gozar mas pronto de su herencia. El pueblo se regocijó por la muerte de Tiberio. *¡ Tiberio al Tiber ! ¡ Tiberio á las gemonias !* tales eran los gritos que retumbaban en todas partes. No obstante le hicieron los honores fúnebres.

§ II. Reinado de Cayo Caligula (37-41).

Felices principios de su reinado. Cayo era amado de las provincias y de los ejércitos que le conocian desde su infancia, y el pueblo romano veneraba en él al hijo de Germánico, al último vástago de esta desgraciada familia. Desde que salió de Misena para trasladarse á Roma, se vió escoltado por una multitud inmensa, y en todas partes el pueblo, lleno de alegría, llevaba antorchas y ofrecia víctimas en su honor. Los Romanos, al recibirle en sus muros, le proclamaron único señor y árbitro del Estado. La alegría pública fue tal que en menos de tres meses degollaron ciento sesenta mil víctimas para que los dioses le fuesen propicios. Al mismo tiempo recibió de las córtes extranjeras las felicitaciones mas brillantes y diligentes. Artabano, rey de los Partos, solicitó su amistad y atravesó el Eufrates para presentar sus homenajes á las aguilas romanas y á las imágenes de los Césares.

Cayo se mostraba, por otra parte, digno de todos estos honores. Despues de haber pronunciado la oracion fúnebre de Tiberio derramando muchas lagrimas, fué á la isla Pandataria y á la isla Pontia para recoger las cenizas de su madre y hermanos. Todos se enternecieron al ver el profundo respeto que conservaba hácia su augusta familia. Se creía que iba á comenzar una nueva era de felicidad para el imperio. Se pu-

blicó una amnistia en favor de todos los proscritos y desterrados, los delatores eran despreciados y rechazados universalmente, los magistrados habian recobrado sus derechos y libertad, el pueblo se preparaba á reunirse en comicios, y todos los que habian sufrido por las injustas vejaciones del último reinado habian de ser indemnizados. No contento con satisfacer los legados hechos por Tiberio, unió á ellos grandes presentes para el pueblo y los ejércitos, y mandó terminar todos los edificios principiados para adorno de Roma y utilidad del imperio. Muchos libros que habian sido prohibidos y censurados por el senado se pusieron en circulacion por orden de Cayo, porque decia que le importaba mucho que la historia fuese escrita con fidelidad. Habiendo caido enfermo este principe modelo, el pueblo hizo votos por su curacion. Sanó, pero apenas recobró la salud se abandonó al delirio mas detestable. Desde entonces, como dice Suetonio, no es ya la vida de un hombre, sino la de un mónstruo la que la historia va á referir.

Sus locuras y crueldades. Un dia se le oyó decir : *¡ No haya mas que un señor ! ¡ no haya mas que un rey !* Para impedirle que tomase la diadema, se le dijo que era superior á los reyes, y de ello dedujo que era un dios. Hizo venir de Grecia todas las estátuas de Júpiter, les quitó la cabeza para poner la suya en su lugar, y exigió de sus súbditos que le adorasen bajo el nombre de Júpiter Latino. Todos los pueblos de la tierra se arrodillaron delante de este insensato, y solo los Judíos le resistieron. Le inmolaban pavos reales, gallinas de la India y de Africa, gansos negros y faisanes. Muchas veces hablaba en voz baja al oido de Júpiter, y una vez se le oyó amenazarle con estas palabras : *Te volveré á enviar á Grecia de donde te hice venir.*

Todas estas escenas grotescas iban mezcladas con sangre y excesos. Su pasion no respetaba el rango ni el nacimiento. Se burlaba de la memoria de Augusto, y ultrajaba la reputacion de Livia, su bisabuela. Por puro capricho mandó asesinar á su hermano Tiberio, y obligó á su suegro Silano á que se degollase con una navaja de afeitador. En medio de su delirio,

trató á todas las órdenes del Estado con la misma violencia y desden. Un dia quiso que los senadores, revestidos de las primeras magistraturas, viniesen delante de su carro triunfal á pié por espacio de muchas millas, y permanecieron despues de pié cerca de su mesa, arremangados como si fueran esclavos. Habiéndose enamorado locamente de un caballo llamado *Incitado*, mandó hacerle una cuadra de mármol, una artesa de márfil, jaeces de púrpura, collares de perlas, le dió una casa completa, esclavos, muebles, quiso que fuesen á comer á su casa, y añádese que habia manifestado la intencion de elevarlo al consulado.

Lo que admira es que las órdenes sanguinarias de este principe demente eran ejecutadas con apresuramiento. Alimentaba á los animales destinados á los espectáculos con la carne de los criminales, y hacia que los devorasen vivos. Si alguno no aplaudia sus juegos y representaciones, le hacia aserrar por la mitad del cuerpo, ó le condenaba á las minas. Llegó su barbarie hasta el punto de obligar á los padres á que asistiesen al suplicio de sus hijos. Habiéndose persuadido un dia de que todos los desterrados deseaban su muerte, ordenó al momento su exterminio. Cuando enviaba á alguno al suplicio: *Haz de modo*, decia al verdugo, *que sienta llegar la muerte*. Furioso de ver un dia que el pueblo era de opinion contraria á la suya en una representacion teatral: *¡Plegue al cielo*, dijo, *que el pueblo romano solamente tuviese una cabeza para poderla cortar de un solo golpe!* En fin, para hacer memorable su reinado, deseaba derrotas sangrientas, pestes, hambres y temblores de tierra.

Su furor por la igualdad absoluta se dirigia contra todos los generos de gloria y de mérito. Quitó á las familias mas ilustres las condecoraciones de sus antepasados. A los Torcuatos sus collares, á los Cincinatos sus cabellos rizados, á los descendientes de Pompeyo su glorioso apellido. Quería destruir las obras de Homero, y desterró de todas las bibliotecas las obras de Virgilio, á quien llamaba poeta sin genio ni ciencia, y las de Tito Livio, á quien acusaba de prolijidad é inexactitud.

Su expedicion á Germania (37-40). Cansado de derramar sangre en Roma, se le ocurrió hacer la guerra y atacar á los Germanos. Al pronto salió con tanta precipitacion, que los batallones no pudieron seguirle, y despues aflojó de tal modo su marcha, que se hizo llevar perezosamente en una litera por ocho esclavos, despues de haber dado la órden á todos los habitantes de las ciudades vecinas para que limpiasen los caminos y los regasen con el objeto de quitar el polvo. Para darse una traza de severidad, destituyó casi todos los tenientes y centuriones, y privó á los veteranos de una parte de la cantidad que se les debia. No sabiendo á quién hacer la guerra, envió algunos Alemanes de su guardia al otro lado del Rin, les mandó se ocultasen en una selva, y fué en seguida á sorprenderles y hacerles prisioneros. Volvió á Lyon despues de esta loca campaña. Como sus cautivos no eran bastante numerosos, compró algunos Galos de talla triunfal, les vistió al uso de los Germanos, les obligó á aprender algunas palabras de teuton, á poner rojos sus cabellos, á que se dejasen crecer su barba, y les envió á Roma para que permaneciesen en los calabozos, esperando la solemnidad de su triunfo.

Entre tanto abrumaba á los Galos con exorbitantes contribuciones. Imaginó vender en la plaza pública de Lyon los muebles y joyas de sus antepasados. Despojó sus palacios de Italia, y bajo pretexto de que un objeto habia pertenecido á César, á Augusto ó á Tiberio, obligaba á los ricos provinciales á que se le comprasen muy caro. Él mismo llamaba á los compradores, y desempeñaba las funciones de alguacil y pregonero. Con el dinero de esta venta dió juegos cuyo gasto fue excesivo. Se distinguen principalmente los juegos de elocuencia griega y latina, en los que el autor de una pieza de mediano mérito era condenado á lavarla con su lengua.

Un dia, en que Cayo vestido de Júpiter pronunciaba sentencias desde lo alto de su tribunal, un Galo pareció admirarse de ello. Llamó la atencion del emperador la actitud del Bárbaro, y le preguntó lo que le parecia: *Me pareces*, respondió el Galo, *una grande extravagancia*.

Muerte de Caligula (41). Cuando aquel insensato volvió á entrar en Roma, dijo altamente que venia por consideracion al pueblo y á los caballeros, pero no por los senadores, y amenazó con su espada á todos los nobles. Todavía le dejaron multiplicar sus crímenes é infamias durante cuatro meses. Al fin, el 24 de enero, á la una de la tarde, el pretoriano Casio Chereas, cansado de las burlas groseras que Caligula se permitia contra él, le dió de puñaladas. Murió á los veinte y nueve años, y reinó tres años, diez meses y ocho dias. Su dáver fue llevado secretamente á los jardines de Lamia, le quemaron en una hoguera hecha de prisa, y despues le enterraron y cubrieron su tumba con un ligero césped.

§ III. Reinado de Claudio (41-54).

Advenimiento de Claudio. Cuando se esparció el rumor de la muerte de Cayo, el pueblo no se atrevia á creerlo. Los conjurados y los senadores pensaban en restablecer la libertad. Este nombre sagrado volaba de boca, y ya se hablaba de abolir la memoria de los Césares y de destruir sus templos. En medio del tumulto, el estúpido Claudio, tío de Cayo, se habia retirado á un comedor, y despues se fué á una galeria próxima, donde se ocultó detrás de los tapices que cubrian la puerta. Un soldado que se hallaba casualmente cerca de allí al ver sus piés que pasaban, quiso saber quién era. Así que le reconoció, le saludó como emperador en el momento en que Claudio se echaba á sus piés para pedirle la vida. Todos los demas soldados aplaudieron esta proclamacion, pusieron á Claudio en una litera y le llevaron hasta el campo sobre sus hombros. Los cónsules, el senado y el pueblo se vieron obligados á ratificar lo que habia hecho el ejército, y el imperio, despues de haber obedecido á un loco, tuvo por señor á un imbécil.

Carácter de Claudio. Este Claudio, cuya estupidez se hizo proverbial, tenia sin embargo algunos conocimientos. Añadió tres nuevas letras al alfabeto romano, escribió en griego

la historia de los Tirrenos en veinte libros, la de los Cartagineses en ocho, y dejó en latin ocho libros de Memorias y una Historia romana en cuarenta y un volúmenes que comenzaba en el reinado de Augusto. Pero sus porientes, á fuerza de tratarle de imbécil, le entontecieron realmente. Su madre acostumbraba decir para caracterizar á un necio: *Es tan animal como mi hijo Claudio.* Augusto le llamaba el *pobre hombre*, y hacia colocar á su lado á su primo Silano, para impedirle que dijese tonterías. Toda la córte se divertia con él. Si llegaba demasiado tarde para cenar, dice Suetonio, no le recibian sino despues de hacerle dar una vuelta al rededor de la mesa pidiendo un sitio. Cuando se dormia despues de la comida, lo que le sucedia muchas veces, le arrojaban titos de aceitunas y de dátiles, ó algunos bufones se divertian en despertarle con un látigo ó una vara. Algunas veces le ponian borceguies en las manos, para que al despertarse se frotase con ellos la cara.

Quando llegó á ser emperador, se esforzó en hacer creer que su demencia habia sido fingida, y que con ella habia querido sustraerse á los golpes de su cruel predecesor. Sus primeras leyes dieron una apariencia de verdad á este subterfugio, porque revelaban una profunda sabiduría. Así es que rehusó los honores divinos, abolió las acusaciones de lesa majestad, mejoró la condicion de los esclavos, y se mostró verdaderamente padre de las provincias. Pero muchas veces, en el ejercicio de sus funciones, dejó escapar rasgos de la mas insigne extravagancia. Estando sentado en su tribunal de juez, le sucedió decir seriamente por única sentencia: *Me pronuncio por el que tiene razon.* Despues de haber hecho esperar largo tiempo un testigo que habia de venir de la provincia, concluyó por decir: *Ha muerto, y creo que eso le está muy permitido.* Los abogados abasaban de su paciencia hasta el caso de volver á llamarle cuando bajaba de su tribunal, y retenerle por el vestido ó por el pié; lo que no debe sorprender, dice Suetonio, puesto que un Griego que pronunciaba una defensa se atrevió á decirle: *Tú tambien eres viejo é imbécil.*